

María Suré

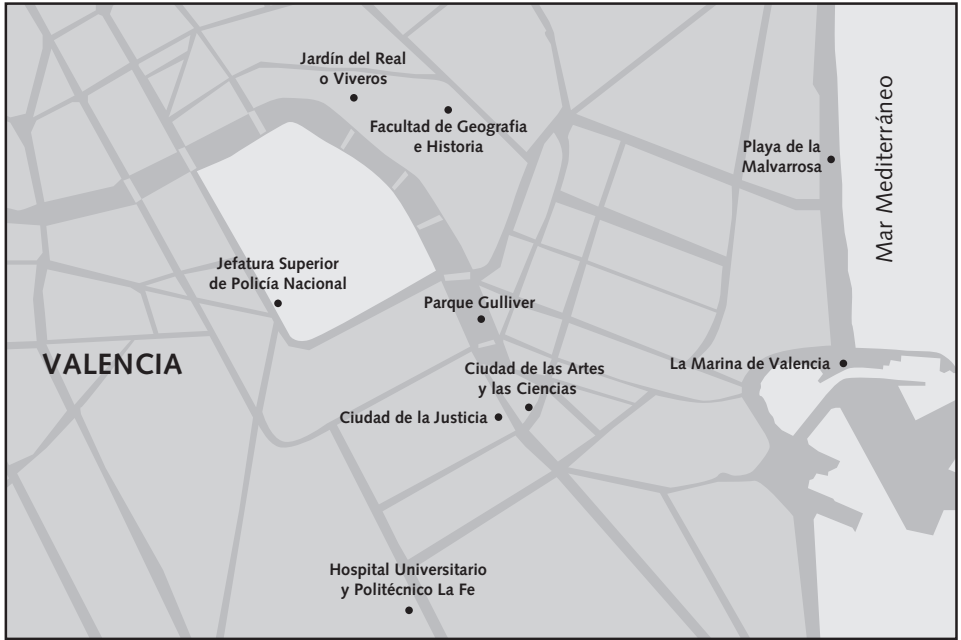
SUEÑOS
ENTRE
CENIZAS

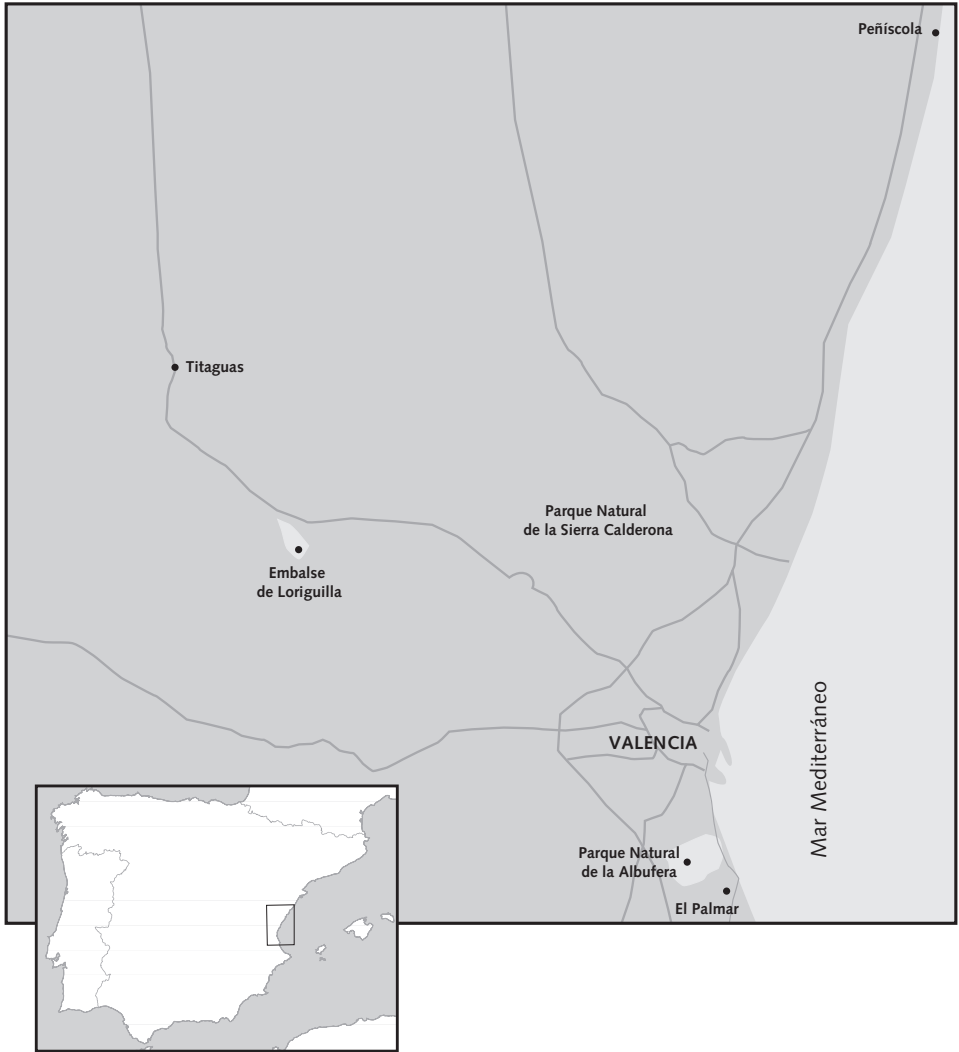


MAEVA | NOIR

A mi madre.
Sé lo mucho que hubieras disfrutado leyendo mis historias.
Algún día yo misma te las contaré.

Los escenarios de la novela





Prólogo

Aleandría, 215 a. C.

EL VIAJE ESTABA afectando a su salud más de lo que hubiera esperado. A la edad de veintiocho años, casi podía considerarse una anciana. Se encontraba muy débil y en un estado de fatiga continuo. Su cuerpo estaba enfermo, y los dolores abdominales y de cabeza eran cada vez más fuertes y frecuentes, así que los movimientos del camello al sortear las dunas del desierto durante dos días y dos noches no la estaban beneficiando en absoluto. Apenas notaba las piernas, y los pies eran como una extremidad ajena a su ser. Un médico le dijo una vez que ya había tratado a otros alquimistas con dolencias similares, y llegó a insinuar que quizá fueran las sustancias que utilizaban las que interferían con los humores del cuerpo y lo hacían enfermar. Ella no sabía si se trataba solo de las cavilaciones de un viejo o si estaba en lo cierto. Fuera como fuere, jamás abandonaría su búsqueda y su razón de vivir por unas simples suposiciones.

A su lado, un poco rezagado y medio dormido, viajaba Asim, su joven y confiable ayudante. Se les había echado la noche encima; no tardarían en llegar a Alejandría, y ella solo pensaba en terminar aquel viaje para poder descansar. No tenía ánimos para montar otro campamento y volver a hacer noche en el desierto; con la luna llena en lo alto del firmamento había suficiente iluminación para continuar unas horas más. Empezaba a refrescar. María se cubrió con la túnica y miró al cielo despejado de aquella noche de primavera.

Observó con asombro la bóveda celeste plagada de estrellas cuya luz competía con la de la luna. Existía una proporción divina en el universo. Por mucho que pareciera que los astros estaban desperdigados al azar en aquel manto oscuro, de alguna manera se adivinaba un equilibrio perfecto en aquella grandiosidad. La búsqueda de esa perfección natural a través de la alquimia era lo que había justificado su existencia durante los últimos años. Cualquier cosa que pudiera existir en el mundo, ya fuera animal, vegetal o mineral, estaba provista de alma, y el cometido de todo alquimista era poder llegar a desentrañar el espíritu vital de la materia hasta obtener el material perfecto.

Pensó en lo mucho que había conseguido hasta entonces. Los ingenios de laboratorio que había construido los estaban utilizando muchos otros alquimistas y le habían otorgado una gran fama. Había tenido la suerte de vivir en Alejandría en una época en la que acudían a la ciudad eruditos y sabios de todos los continentes para aprender y aportar sus conocimientos. El epicentro de aquel foco del saber se situaba en la gran biblioteca fundada por Alejandro Magno, y que ya contaba con miles de volúmenes. Allí se pretendía recopilar todas las obras de todas las épocas y de todos los rincones del mundo para formar el mayor centro de conocimiento jamás imaginado.

Un gran estruendo en la quietud de la noche sacó de sus pensamientos a María, que tuvo que sujetarse con fuerza para no caerse de su asustado camello. Los animales se revolviéron inquietos y se acercaron el uno al otro, alarmados por el ruido. Entonces todo a su alrededor se iluminó con un enorme racimo de estelas de luz que caían desperdigadas del cielo.

—¿Qué es eso? —gritó Asim con los ojos desorbitados. El chico parecía tener más miedo aún que los propios animales.

—No lo sé —respondió María, embelesada por el bello espectáculo nocturno que contemplaban sus ojos—. Parecen

fuegos que caen del cielo. Mira, muchos se van debilitando y sus llamas se apagan por el camino.

—Pero otros han caído a tierra...

Los dos contemplaron en silencio durante unos instantes aquel extraño suceso. Cuando la última de las estelas desapareció y el sonido se extinguió, María se dirigió a su ayudante.

—Debemos averiguar qué eran esos fuegos, Asim. No han caído muy lejos de aquí.

—No sé si será buena idea inmiscuirnos en los asuntos divinos —comentó el chico, realmente asustado.

—No creo que Dios quiera castigarnos por querer saber qué son esas bolas de fuego. Pienso más bien que puede ser una prueba que el Creador pone ante nuestros ojos para mostrarnos algo. Además, apenas tenemos que desviarnos. ¡Vamos!

El chico accedió a regañadientes y azuzó a su camello para obligarlo a seguir al de María. Al animal, acostumbrado como estaba al camino, no le gustó aquel cambio de rumbo. Pero María estaba en lo cierto. Apenas se habían desviado cuando advirtieron a lo lejos un brillo rojizo e incandescente entre las sombras. Al acercarse, descubrieron un objeto en llamas del tamaño de una cebolla grande, que había caído sobre un promontorio de piedra. María miró a su alrededor. No se veían más restos por ninguna parte. Si los había, seguramente habían acabado enterrados en la arena.

—Ayúdame a bajar, Asim —ordenó, masajeándose los pies dormidos para aliviar el hormigüeo.

Asim obedeció sin decir una palabra, pero en su rostro podía adivinarse el temor.

—Así que es una piedra... —murmuró el chico cuando estuvieron cerca—. ¿Las piedras caen del cielo? —preguntó.

María había escuchado contar a los viejos sacerdotes historias sobre fenómenos similares al que acababan de presenciar, pero nadie le había hablado de piedras ardientes. Aquello, sin duda, era un gran descubrimiento.

—Pues parece que algunas sí lo hacen —respondió emocionada—. Trae el odre, vamos a enfriarla con agua para poder llevárnosla.

Sin demasiado convencimiento, el muchacho obedeció y pronto retomaron el viaje con un cargamento muy especial.

Al día siguiente, ya en su laboratorio, rodeada de pucheros, ollas, jarras vidriadas y recipientes con polvos y sustancias extrañas, María se dispuso a trabajar sobre la misteriosa piedra gris. Retiró a un lado el plato con los restos de dátiles y pan que se había preparado, y antes de comenzar se incorporó para avivar el hogar. La casa de adobe era fría incluso en verano, y las articulaciones doloridas agradecían el calor de la lumbre. La ciudad aún no se había despertado; a aquellas horas tempranas las calles estaban tranquilas, aunque pronto empezarían a escucharse los gritos de los comerciantes y el alboroto propio de una ciudad próspera como lo era aquella.

Sujetó la piedra con las dos manos y la acercó a la lámpara de aceite para observarla mejor. Sin duda, aquel era un elemento muy extraño, nunca había visto nada parecido. Pesaba mucho para su tamaño y la superficie era totalmente lisa, sin porosidad alguna. Era tan fría al tacto que resultaba sorprendente que en algún momento hubiera estado envuelta en fuego. Tenía las propiedades del metal, pero en apariencia era una piedra.

El primer paso fue meterla en el *kerotakis*, uno de sus inventos. Se trataba de un recipiente con una lámina de cobre suspendida en la parte superior. Para que funcionara, todas sus uniones debían estar selladas de forma que en el interior se consiguiera el vacío. Al calentarlo con vapores de arsénico, azufre y mercurio se lograba ablandar metales. También utilizó el vitriolo azul para darle color y lo puso al fuego durante varias horas. Ablandar aquella piedra no resultaría fácil. Agotada y dolorida, decidió que podría dejarlo al fuego hasta el día siguiente.

Cuando despertó con las primeras luces del alba, corrió a su laboratorio y descubrió que la piedra se había fracturado, dividiéndose en dos pedazos prácticamente idénticos que giraban sobre sí mismos y brillaban con un destello azul muy potente en el interior del recipiente. Al retirarlos del fuego el brillo se atenuó y pudo observar que habían adoptado una forma redondeada. Decidió entonces introducirlos en un recipiente colocado sobre otro que contenía agua caliente, y que adquiriría su temperatura con la mezcla de arena y cenizas ardientes que lo rodeaban. Era lo que otros alquimistas habían comenzado a llamar el *balneum Mariae* o baño María, puesto que ella había sido su inventora.

Al segundo día, cuando el proceso terminó, María se dio cuenta de que las piedras continuaban manteniendo la dureza original, pero algo había cambiado en su naturaleza. A medida que se enfriaban, comenzaron a brillar cada vez más. Cuando alcanzaron su temperatura original, frías como el hielo, su fulgor azulado era tan intenso que María apenas podía mantener los ojos abiertos ante tal fuente de luz.

Días después, las piedras seguían iluminando todo lo que las rodeaba sin dar señales de agotamiento. Al separarlas, su destello se veía afectado, pero era mucha la distancia que había que poner entre ellas para que ambas se volvieran grises. Al acercarlas, volvían a brillar como el primer día. Solo el estaño conseguía anular las propiedades casi divinas de las piedras, y por eso construyó un pequeño cofre de ese metal para cada una de ellas. Fue entonces cuando María empezó a pensar que había descubierto algo verdaderamente asombroso, algo por lo que muchos pueblos matarían por poseer. Y tuvo miedo. Como cualquier otro alquimista, durante años había intentado dar con el *al-iksir*, la materia desconocida que conseguiría transmutar cualquier metal en oro y que sería capaz de curar todas las enfermedades, confiriendo el poder de la inmortalidad. El elixir de la vida. Hacía tiempo que la idea le rondaba los pensamientos,

pero ella prefería ignorarla. ¿Qué ocurriría si alguien consiguiera lo que tanto habían ansiado? ¿No sería aquella sustancia un motivo de conflictos, guerras y destrucción? En ese momento, con tremenda tristeza, entendió que el ser humano no estaba preparado para algo así. Tampoco para lo que ella acababa de descubrir.

Pasaron los meses y su estado de salud empeoró. Las piedras seguían encerradas en sus cofres, y solo de vez en cuando las sacaba para comprobar en secreto sus maravillosas propiedades. Tenía que hacer algo con ellas antes de que llegase su hora, y no era el momento de mostrar al mundo un descubrimiento así. Aunque Egipto era un lugar seguro para los judíos, existían grupos que de vez en cuando generaban conflictos y provocaban desórdenes contra los seguidores de su religión. En el pasado, algunos escritores griegos los habían señalado, acusándolos de favoritismos por parte de los romanos, y las relaciones entre ambos pueblos seguían siendo tensas. En aquellos días, además, algunas facciones religiosas intentaban desprestigiar la ciencia de la alquimia, tratando de acusar a sus practicantes de hechiceros. María decidió que nadie debía conocer su secreto o, al final de sus días, su legado quedaría manchado.

Entonces se acordó de las luminarias, otro de sus inventos. Eran mucho más prácticas y efectivas que las teas, aunque su fabricación resultaba bastante compleja y costosa. El material, con forma de roca porosa, se activaba con el fuego. Solo hacía falta acercar una llama durante unos instantes para que sus propiedades despertaran; entonces se volvía incandescente y emitía una luz similar a la de una antorcha. Para poder transportarlas con facilidad se introducían en figuras huecas de bronce con forma de dodecaedro a las que se les habían practicado perforaciones circulares en todas las caras para dejar pasar la luz. Cada uno de esos orificios tenía distintos diámetros que permitían acoplar una vara o palo a cualquiera de ellos, y así acarrear el

objeto a modo de tea. De cada vértice surgían unas pequeñas esferas de metal que podían servir para colgarla o como soporte si la pieza se colocaba en una superficie plana sobre cualquiera de las caras. Bastaba un poco de agua para que la luminaria dejara de brillar, y de nuevo una llama para volverla a activar. Pero, con el uso, la materia de la que estaba formada se iba degradando y el resplandor se debilitaba hasta desaparecer. Tras el último destello se convertía en polvo y solo quedaba una pieza hueca de bronce que no servía para mucho más que para sujetar alguna vela.

Resolvió camuflar las piedras estelares, como había empezado a llamarlas, en dos luminarias. Preparó dos grandes fardos con un polvo negro que se usaba como pigmento, y que ella misma fabricaba mezclando sulfuro de plomo y cobre. Después escondió un cofre con su luminaria dentro en cada uno de ellos. A continuación, los envió por separado a uno de los mayores genios griegos, con el que había tenido provechosas e interesantes charlas durante su estancia en Alejandría: Arquímedes de Siracusa. Él sabría qué hacer con ellas.

1

Piel fría

En la actualidad. Sábado, 15 de octubre, 6 a. m.

CORRE TAN DEPRISA que los pulmones le quemán. Su cuerpo reclama un tributo de oxígeno que no es capaz de costear, porque está al límite; bastante tiene con intentar evitar que el corazón se le salga por la boca. Es consciente de que tiene que parar para recobrar el aliento o le dará un infarto. Pero no puede. Si sigue huyendo tendrá alguna posibilidad. Si para, estará muerto. No lo ve porque la oscuridad del bosque es como un tupido manto al que no llega ni un atisbo de luz de las estrellas, pero puede oírlo. Ese aullido ronco que se le mete en la cabeza y reverbera en cada rincón de su cerebro, ese angustioso plañido que se abre paso por encima del estridente sonido de su propia respiración, cada vez está más cerca. Ni siquiera es capaz de gritar, no puede desperdiciar el poco aliento que le queda. Sabe que no sirve de nada mirar hacia atrás, está ciego en esa oscuridad, pero su instinto le puede. Ese mínimo instante de duda hace que algo se le enrede entre las piernas y caiga de bruces. El suelo está húmedo, y los dedos se hunden en un lodo pegajoso que parece tirar de él hacia las entrañas del infierno. Las piernas, que de repente han comenzado a echar raíces y se aferran a la tierra con fuerza, ya no las siente como suyas. Y, mientras tanto, el espantoso aullido ya está tan cerca que puede oler el fétido aliento que lo acompaña. Un pánico ancestral paraliza cada célula de su cuerpo y cierra los ojos resignándose a un horrible final. El silencio acompaña su angustiosa espera

durante unos instantes eternos hasta que por fin escucha un suave maullido. Una lija húmeda y caliente le roza la nariz...

DIEGO ABRIÓ LOS ojos, aterrorizado, y se incorporó de golpe en la cama provocando que el gato diera un salto.

—¡Joder, *Manchurrón!* —resopló, tratando de recuperar el aliento—. ¡Qué susto me has dado!

El animal lo miró como si le estuviera perdonando la vida. Tras lanzar un par de lametazos a la nada con esa peculiar manera suya de hacerlo, como si estuviera saboreando el aire, volvió a emitir uno de sus aullidos. Aullidos, sí, porque ese gato no maullaba. La mayoría de las veces emitía un aullido ronco y amenazador que hacía dar un paso atrás a todo el que no lo conociera. Después, todo se quedaba en nada; le leía la cartilla al humano más cercano y a continuación se alejaba airado, con la cabeza bien alta y contoneándose como una *vedette* que se retira del escenario.

Diego miró el reloj. Aún eran las seis de la mañana.

—Se ha vuelto a colar el gato del vecino —dijo, frotándose los ojos y bostezando—. Ese bicho está como una cabra.

Cerró los ojos de nuevo. Estaba muy mareado. Sentía la boca pastosa y le dolía todo el cuerpo. Pensó que tenían que relajarse un poco, tanto exceso siempre acababa pasándole factura. Olivia era una mala bestia en la cama. Aunque él casi le doblaba la edad, jamás había conocido a nadie que disfrutara y le hiciera disfrutar del sexo con tanta intensidad. Aún con los ojos cerrados, sonrió al sentir de nuevo una erección bajo las sábanas. La noche había sido movida, pero, después de todo, aún tenía energía para un poco más. Se volvió hacia su amante buscando sus pechos con la mano. El tacto frío de la piel le hizo dar un respingo. Al abrir los ojos, un grito se escapó de su boca.

A su lado yacía Olivia, con la piel del color pálido que otorga el halo glacial de la muerte. Una bolsa de plástico transparente anudada en el cuello le cubría la cabeza.